

ANTROPOLOGIA Y HUMANISMO CRISTIANO

JOSE ORLANDIS

1. EL ENIGMA DEL HOMBRE

La cuestión antropológica, siempre presente en la historia del pensamiento, constituye hoy un tema de creciente actualidad. ¿Quién es el hombre?, ¿qué es el hombre?: estas preguntas tantas veces formuladas a lo largo de los tiempos siguen siendo interrogantes abiertos y apasionantes, a las cuales se han dado y siguen dándose las respuestas más dispares. No sólo el pensador sino hasta el hombre de la calle siente a menudo la comezón de dar también su propia respuesta, impulsado por sus experiencias personales y el espectáculo que le ofrece la humanidad que le rodea. ¿Cómo es posible —se nos ocurre a veces pensar— que una misma condición humana constituya el denominador común del Nobel y del subnormal y sea idéntico su valor esencial?; ¿cómo puede ser de la misma «madera» —para usar la expresión vulgar— el santo y el criminal, el terrorista que tortura y asesina y el justo, que ama y perdona a sus enemigos? ¡Si hasta parece que los ojos limpios del niño reflejan todavía la imagen pura del Creador, mientras que un abismo del mal se adivina tras la mirada bestial o implacable del lujurioso y del soberbio! Y lo que quizá resulta todavía más desconcertante: la contradictoria capacidad para la grandeza y la miseria, para el bien y para el mal que puede encerrar un mismo corazón. En verdad, el hombre constituye un misterio, un enigma, cuyo sentido tan sólo se aclara a los ojos del creyente, que cuenta con el pecado y la Redención, con la Providencia divina y la libertad humana.

El problema del hombre se plantea, lógicamente en el terreno de los principios, pero no queda —como decíamos— circunscrito al plano de la especulación abstracta. Desde las alturas de la Teología o la Filosofía, las consecuencias de las distintas doctrinas antropológicas descienden hasta el nivel de la *praxis* e informan las opciones temporales concretas. No resulta exagerado afirmar que, en la hora presente del mundo, las diferencias políticas sustanciales tienen un fundamento antropológico y que su enraizamiento último ha de buscarse en sus contrapuestas concepciones acerca de la naturaleza y destino del hombre y el papel que a este corresponde en el gran teatro del Universo. La influencia de la antropología en la «gran política», resulta inevitable, porque si la política tiene por fin la ordenación de la vida social, ¿cómo no habrá de incidir en la configuración de un modelo de sociedad la naturaleza y el valor que se reconozcan a los individuos que la integran?.

2. EL DILEMA ANTROPOLOGICO

¿Quién es el hombre?, ¿qué es el hombre?. La respuesta a estos dos grandes interrogantes dista mucho de ser unánime. De ella dependen dos concepciones de la persona humana, que son la resultante a su vez de estas dos primeras y decisivas cuestiones previas: ¿es el hombre un ser espiritual y trascendente o tan sólo temporalidad y materia?; ¿es el hombre un ser creado —«criatura»— o tan sólo una partícula trivial y anónima del Cosmos?.

Las consecuencias de la respuesta son inmensas. Un hombre que sea criatura se hallará necesariamente inserto en la obra de un Creador y en el orden de una Creación. En el origen del hombre-criatura se encontrará una inteligencia y una voluntad. Se trata de un ser que ha sido «pensado» y «querido»: pensado por la mente y querido por la voluntad de un Creador. Su existencia, obra del «Autor de la vida», tendrá razón y sentido y se dirigirá hacia un fin. El hombre creado sabe, en definitiva, de donde proviene y hacia donde va.

Un hombre no creado sería fruto exclusivo del azar. Su existencia constituiría el resultado final de un interminable encadenamiento de «casualidades», del cual habría que excluir *a priori* cualquier ordenación inteligente y voluntaria. Un hombre no creado sería un ser proyectado a la existencia por el antojo caprichoso de un destino ciego. La vida de este hombre carecería de razón y sentido: no sería hijo de nadie, pues nadie le habría concebido ni querido darle vida; procedería de la nada y a la nada se encaminaría, carente de fin. Su muerte

—según la desoladora definición de Marx— no sería sino «una dura victoria de la especie sobre el individuo». Esta es la condición a la que ha de resignarse el hombre que rechaza la condición de criatura. De este hombre y de las consecuencias de una tal opción antropológica vamos a ocuparnos en primer lugar.

3. LA EVOLUCION MANIPULADA

Los doctrinarios materialistas vienen desarrollando una activa campaña destinada a difundir a nivel popular una versión de los orígenes y naturaleza del hombre que excluya cuidadosamente toda suerte de intervención divina. El principal método empleado consiste en la formulación y divulgación —recurriendo a las técnicas más eficaces de la propaganda— de una versión simplista y radical del evolucionismo y de las teorías evolucionistas.

Es bien sabido que la evolución de las especies constituye una hipótesis científica que, reconducida a sus justos y razonables límites, es admitida por muchos hombres de ciencia y no se opone a la Revelación divina ni tampoco, por tanto, a la fe cristiana. Será incumbencia del científico, dentro del ámbito de su legítima autonomía, aceptar o no la evolución como explicación válida de importantes problemas, sobre todo en el campo de la biología. Pero cosa muy distinta sería pretender elevar a la categoría de dogma un evolucionismo absoluto y total, para que sirviera así de fundamento a la concepción materialista del hombre y de la vida.

La divulgación a nivel popular del evolucionismo radical ha recurrido hábilmente a la acuñación de «slogans» rudimentarios pero eficaces, como aquel de que, «el hombre desciende del mono», plasmado a veces en imágenes que entran fácilmente por los ojos; o ha producido seriales televisivos atrayentes, que no rebasan el nivel de la ciencia-ficción, pero que aparecen revestidos de ropajes de apariencia científica y presentan una versión materialista de los orígenes del Cosmos y de la vida. La pretensión ideológica del evolucionismo radical es de sobra conocida: su intención no es otra que excluir cualquier intervención de un Creador en la génesis de la materia y de la vida. Según ese evolucionismo, sería la propia materia cósmica increada —operando en virtud de una ciega dinámica inmanente a ella, y sin la acción de una Inteligencia ordenadora— la que habría dado origen a la vida que, desde las formas más elementales, habría progresado gradualmente y por su propio impulso hacia formas superiores, hasta llegar al hombre, el ser racional dotado de entendimiento y voluntad.

4. «ANIMALIS HOMO»

No procede detenernos en cuestiones de ciencia biológica, que son ajenas al tema que nos ocupa. La referencia hecha a esas cuestiones no tiene otra razón de ser que su relación con el problema antropológico que es el que a nosotros importa. La conclusión a que pretenden llegar en este campo los doctrinarios del evolucionismo absoluto es la proclamación dogmática de la estricta condición animal del hombre. Según ellos, la naturaleza humana no sería otra cosa que pura animalidad y el hombre el descendiente del simio, de la ameba y, más allá todavía, el producto inesperado e inexplicable de la inerte materia cósmica.

Un hombre de igual dimensión esencial que los otros animales, cuya historia y destino no fuera sino nacer, alimentarse, reproducirse y desaparecer: tal sería la imagen diseñada por ciertas ideologías que, paradójicamente, presumen, no sólo de «humanistas», sino de ser el último grito de la modernidad y el progresismo. Hace veinte siglos, San Pablo había definido ya ese prototipo humano, cuando escribía a los Corintios que «el hombre animal es incapaz de percibir las cosas del Espíritu de Dios» (*I Cor. II, 14*). La reducción al nivel animal no significa que ese hombre haya de ser, necesariamente, un sujeto salvaje y peligroso, aunque muchas veces sí lo será. El viejo aforismo *homo homini lupus* no tiene por qué constituir la regla general. Animalidad no es sinónimo de ferocidad y tan animal es el leopardo o la serpiente cascabel, la lagartija o el perrito faldero. Y en una sociedad como la nuestra —al igual que ocurre en la naturaleza— seguramente abundarán más las inofensivas aves de corral que las soberbias águilas rapaces.

Lo realmente importante es que ese disminuido «hombre animal», aparezca como un ser degradado, que no merece consideración ni respeto porque carece de auténtico valor. Por esta razón, contemplados desde una óptica materialista, los propios atentados contra una vida humana devaluada se trivializan y pierden gravedad. El aborto no sería entonces cosa de mayor entidad que la expulsión de un huésped indeseado o la extracción de un trozo de carne intrusa decidida por la mujer, dueña y señora de su cuerpo. La misma eutanasia apenas representaría algo más que la eliminación de una bestia vieja, que no supo morir a tiempo y con el paso de los años se había convertido en socialmente improductiva e inútil.

La devaluación intrínseca del hombre deja la puerta abierta a la práctica en seres humanos de las manipulaciones genéticas más audaces, un horizonte de monstruosas perspectivas, pero que en el caso de

que tales seres carezcan de valor superior no sobrepasarían los límites de la experimentación animal. Otra consecuencia igualmente lógica es la aplicación —tan reiterada en los países materialistas— de tratamientos psiquiátricos especiales, destinados a la «reeducación» —a la domesticación— de disidentes políticos pertinaces. Resultan particularmente estremecedoras las noticias sobre condenas y ejecuciones en esos países de autores de delitos «económicos» o de «colaboración con el enemigo» en una guerra de hace casi medio siglo. Es indudable que en las sociedades cristianas de ayer la pena capital era un tremendo castigo. Pero era la condena a una muerte con esperanza —muerte del cuerpo, no del alma— y los propios jueces se esforzaban en que el condenado pudiera alcanzar —más allá de la pena— la felicidad eterna en una vida inmortal. La última pena dictada por los autócratas materialistas de hoy, que niegan la inmortalidad, constituye un castigo de inaudita crueldad: no es pena de muerte, sino de exterminio; una sanción a la medida de un hombre animal, cuyo destino último no es otro que la aniquilación, la reducción a la nada.

5. AUTONOMIA Y DES-RELIGACION

Más el «hombre animal» —para usar la expresión paulina— podría sentirse compensado de ese rebajamiento por el señuelo de la afirmación de su libérrima autonomía dentro del Universo. Un hombre que rechaza la condición de criatura rehusa aceptar el papel que le corresponde en el orden de la Creación y prefiere descender al rango de individuo de una estricta —aunque desarrollada—, especie animal. Dios Creador —dice el relato del Génesis— otorgó al hombre el señorío «sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra» (*Gen. I, 26*). Tentación permanente de la raza humana, desde el pecado de origen, ha sido el repudio de un dominio «recibido» sobre el mundo creado —pero subordinado al señorío de Dios y condicionado en su disfrute a las exigencias de la Ley divina— para reivindicar un dominio incondicional e ilimitado —«¡seréis como dioses!»— sin otro título que el de su propia y des-religada humanidad. La aspiración a la autonomía absoluta ha constituido en todos los tiempos el rasgo peculiar del hombre irreligioso, y lo es de modo muy especial del humanismo ateo de los paganos de hoy.

La proclamación de la absoluta autonomía ha sido presentada como la definitiva emancipación del hombre y su encubrimiento más

excelso en la escala de los vivientes. ¿Quién —qué otro ser— o qué clase de ley podría mediatizar a un hombre que no reconozca ninguna autoridad ni admita ninguna clase de condicionamientos? Pero esta pretendida exaltación del hombre derivada de su des-religación es más aparente que real y entraña además inmensos riesgos: esos riesgos, precisamente, que hacen hoy insegura la vida en la tierra y ponen en entredicho la misma supervivencia de la humanidad.

6. RIESGO Y SERVIDUMBRE

Un hombre no creado —no hay escape— es un hombre al que su propio encumbramiento ha convertido en un ser inseguro e indefenso. Kafka refleja maravillosamente en sus obras la tremenda y desconcertada angustia de este hombre solitario. También Camus juzgaba con lucidez, cuando consideraba esa soledad como el riesgo más grave que amenaza al hombre de nuestro siglo. En una humanidad vuelta de espaldas a Dios y a la ley de Dios, el hombre tiene buenas razones para temerlo todo de los demás. Montalembert recogió de un viejo manuscrito francés la noticia de un episodio típicamente medieval. Un enconado litigio enfrentaba al monasterio de Solesmes con el señor feudal de Sablé, cuando un día el prior de Solesmes y el caballero se encontraron en un puente sobre el río Sarthe. «Monje —dijo el Señor—, si yo no temiera a Dios os echaba al río»; «Señor —respondió el prior— si teméis a Dios, yo no tengo nada que temer». El temor de Dios era entonces la mejor defensa del débil frente a la prepotencia del fuerte. ¿Podríamos nosotros repetir tan confiada respuesta frente a los poderosos de hoy, que desconocen el temor de Dios y cuentan por primera vez, desde que el mundo es mundo, con medios técnicos capaces de poner punto final a la historia de la humanidad?.

Pero, sin llegar a tal tragedia, la opción antropológica que rechaza la condición de criatura conduce de modo inevitable a la configuración de un modelo de sociedad de refinada y creciente servidumbre. Esa es sin duda la razón de que, al mismo ritmo que ha subido la marea del dogmatismo materialista, se han extendido por el mundo los sistemas negadores de la libertad y de la dignidad humana. Es bien significativo que el moderno totalitarismo —un redescubrimiento de nuestro siglo XX— fuera desconocido en tierras donde arraigó la civilización cristiana y que sus precedentes como fenómeno social haya que ir a buscarlos en remotos y tiránicos imperios. La concepción totalitarista es planta que jamás pudo crecer allí donde

prevaleció una noción trascendente del hombre. A lo largo de la historia, el Cristianismo pudo impregnar formas sociales muy diversas, siempre que no contradijeran el orden esencial de la naturaleza humana. Pudo acomodarse a la rudeza de los pueblos bárbaros e informar sociedades feudales o modernas, imperfectas y desequilibradas en su constitución y en sus estructuras económicas; pero sociedades, al menos, que reconocían un valor espiritual al hombre y le miraban como persona. ¿Acaso la propia sociedad feudal no se articulaba sobre la base de unas relaciones tan profundamente humanas como la amistad y la fidelidad, que constituían el vínculo de unión entre señor y vasallo, pese a la desigualdad de posición que entre ellos existía y perduraba?.

La única forma de sociedad que no puede cristianizarse es la constituida por individuos esencialmente devaluados, no por personas. Y esta es la suerte que reserva al hombre una antropología materialista. El hombre que no se reconoce criatura y pretende ser orgullosamente autónomo, el que se conforma con ser miembro de una distinguida especie animal, no podrá siquiera aspirar a ser ciudadano libre: será tan solo súbdito, o mejor todavía siervo, simple número de un «colectivo» humano, según la terminología al uso. Tal es el destino del hombre devaluado, en una sociedad sometida al dominio absoluto de ese dueño sin alma que es el moderno Estado totalitario.

7. LA ALTERNATIVA CRISTIANA

Un hombre creado y redimido constituye la alternativa en el dilema antropológico de nuestro tiempo. Un humanismo no autónomo sino teologal ha de fundarse en la aceptación por parte del hombre de su condición de criatura. Pero una criatura tal como la hizo Dios, que no es un ser puramente espiritual, sino criatura humana compuesta de cuerpo y alma, de espíritu y materia. Un ser, en fin, hecho de barro de la tierra —para usar la realista expresión del Génesis—; pero de barro modelado y animado por el hálito divino (Cfr. *Gen. II 7*). La antropología cristiana proclama que el hombre, creado por Dios, caído por el pecado y redimido por Jesucristo, ha sido elevado al orden de la gracia y, en cuanto participe de la naturaleza divina (Cfr. *II Petr. 4*), tiene derecho a llamarse hijo de Dios, porque en verdad lo es (Cfr. *I Io. III, 1*). El destino del hombre redimido es la vida eterna (Cfr. *Io. VI, 40, 47, 51; XIV, 2-4*). Vamos a considerar brevemente los rasgos de este hombre, a la luz de la Revelación divina y del Magisterio de la Iglesia.

Es indudable que el hombre actual, sujeto a los azares y contradicciones de su tiempo y tan duramente presionado por incitaciones que le empujan hacia la degradación y el envilecimiento, siente a la vez —quizá con más claridad que nunca— la conciencia de su propia dignidad. El Concilio Vaticano II registró este fenómeno en las palabras iniciales de la Declaración *Dignitatis humanae*: «En nuestro tiempo —decía— los hombres se hacen cada vez más conscientes de la dignidad de la persona humana» (*Dignitatis humanae*, 1). No se trata, ciertamente, de una convicción que conduzca sin resistencias y desgarramientos a una conducta coherente con ella. La Epístola a los Romanos aporta un eco emocionado de aquel combate entre la carne y el espíritu, que se desarrolla en lo íntimo de cada hombre y que hacía exclamar al Apóstol: «¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Cfr. *Rom. VII, 18-23*). Esta contradicción interior, que se refleja en la aventura personal de cada hombre y cuya resultante es la santidad o la bajeza, está igualmente recogida por la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, en un texto de inequívocas resonancias paulinas: «A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples sollicitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior ... Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere hacer y deja de hacer lo que quería llevar a cabo» (*Gaudium et spes*, 10).

La conciencia de la propia dignidad no es en el hombre delirio de grandezas o fantasía pretenciosa, fruto de una desmesurada valoración de su condición humana. Hay algo en cualquier hombre —hasta en aquellos que hayan descendido a los más bajos niveles morales— que se subleva desde lo hondo de su ser y rehusa resignarse al nihilismo sartriano, que no acierta a ver en él más que «una pasión inútil». El hombre está indudablemente en lo cierto cuando siente y proclama la nobleza de su estirpe. Pero la experiencia de tantas flaquezas y miserias personales, y las vividas por la humanidad a lo largo de la historia —y en particular durante el pasado reciente— aconsejan asentar sobre fundamentos estables y seguros esa conciencia, tan ampliable sentida, de la dignidad de la persona humana.

8. LOS FUNDAMENTOS DE UNA ANTROPOLOGIA CRISTIANA

Una antropología cristiana ha de afirmar siempre que la piedra angular de la dignidad del hombre la constituye su condición de criatura, hecha por Dios a imagen suya. La Revelación contenida en el primer capítulo del Génesis constituye la premisa insoslayable de la

concepción religioso-cristiana del hombre. «Dijose entonces Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (...) Y creó Dios al hombre imagen suya, a imagen de Dios lo creó» (*Gen. I, 26, 27*). El hombre —anuncia el Génesis— es una criatura; pero criatura esencialmente distinta de las demás y la única en la que se da una misteriosa pero inequívoca semejanza con el Creador. Este es el decisivo hecho diferencial, el título de grandeza que justifica la valía incomparable del hombre. Una criatura que lleva la impronta de la semejanza con Dios es un ser respetable, por razón de su misma naturaleza.

Pero, además, el hombre no ha sido creado por Dios y abandonado luego al azar del destino. No existe destino sino Providencia, para cada persona concreta y el conjunto de hombres que integran la humanidad. Dios vela, de modo misterioso pero real, sobre cada una de sus criaturas, hasta los lirios del campo o las aves del cielo (Cfr. *Mt VI, 26-30*). Este cuidado divino —que no es óbice para la libertad humana—, arrancaba palabras de encendida admiración al Salmista: «¿Qué es el hombre para te acuerdes de él, el hijo del hombre para que de él te preocupes?» (*Ps. VIII, 5*). El misterio del valor del hombre y del apasionado interés del Señor por esta criatura predilecta tiene su expresión suprema en la obra de la Redención. La muerte del Hijo de Dios fue el rescate pagado por la salvación de una humanidad separada de Dios por el pecado. «Habéis sido comprados a muy alto precio» (*I Cor. VI, 20*) —escribía el Apóstol, recordando que ese precio fue la sangre de Cristo.

«¿Qué valor debe tener el hombre a lo ojos del Creador si 'ha merecido tan gran Redentor'!», exclamaba Juan Pablo II en la encíclica *Redemptor hominis*, evocando el himno *Exultet* de la Vigilia Pascual; y el Papa hablaba de «estupor», de «ese profundo estupor frente al valor y dignidad del hombre», que se llama Evangelio, Cristianismo (*Redemptor hominis, 10*). Quince siglos antes, otro papa, San León Magno, sentía ese estupor ante la dignidad del hombre redimido: «Reconoce ¡oh cristiano! tu dignidad», decía; y extraía luego las admirables consecuencias de su elevación al orden de la gracia: «y hecho consorte de la naturaleza divina, no caigas ya más en los rebajamientos de la vieja vileza; acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro» (*Sermo 1 in Nativitate Domini*).

El dilema antropológico —lo dijimos antes— aunque se plantee ante todo en el plano de los principios, repercute decisivamente sobre el curso de la historia y marca con su impronta la vida de las colectividades terrenas. A estos aspectos hemos de dedicar todavía nuestra atención para extraer de todo lo expuesto algunas directrices que puedan servir de pauta a las conductas de individuos y sociedades.

9. RAIZ Y CONTENIDO DE LA DIGNIDAD HUMANA

La dignidad humana —conviene dejarlo claro— no puede tener como fuente y fundamento una mera declaración de derechos humanos, del estilo de las que se han prodigado en los dos últimos siglos. Estas declaraciones —pese a la altura de miras que pudieron inspirarlas— han quedado prácticamente reducidas a hermosas declaraciones platónicas, quebrantadas a menudo por los mismos Estados que en su momento las suscribieron. La razón última de este fracaso se halla en la diversidad de concepciones acerca de la naturaleza de la persona en que se inspiraron. Porque, si se partió de doctrinas que ignoran el valor espiritual y trascendente del hombre, ¿cómo infundirle a éste dignidad y respetabilidad, por virtud de una atribución formal y meramente externa? El equívoco en torno a la identidad esencial de la persona, existente entre países firmantes de una misma declaración de derechos, ha contribuido muchas veces a su inoperancia y esterilidad.

La experiencia aconseja, por tanto, puntualizar cuál sea el verdadero contenido de la dignidad humana. Es bien patente que el hombre contemporáneo no ha crecido en dignidad porque cuente con muchas cosas que para sus abuelos, no ya inasequibles, sino ni siquiera imaginables: coche, televisión, calefacción y frigorífico, ordenadores y aire acondicionado. Y es que la dignidad no estriba en tener más cosas, sino en tener conciencia más clara del valor de la condición humana y vivir —nobleza obliga— de acuerdo con las exigencias que esta condición impone.

Esta es la razón de que los avances de la técnica o la deseable extensión de los niveles de educación básica de un pueblo no impliquen necesariamente un paralelo incremento del nivel de dignidad humana y ni aún siquiera, tal vez, de auténtica cultura. Una población totalmente alfabetizada puede no tener más alto grado de dignidad ni disfrutar de más libertad que antes. La técnica puede ser también instrumento de un designio de degradación humana y contribuir eficazmente a difundirla. La ofensiva desintegradora que, con la ayuda de medios poderosísimos de comunicación social, promueve la pornografía, la disolución familiar o el aborto, no dignifica sino que rebaja la vida de un pueblo. ¿Y es acaso más humana una juventud quizá plenamente escolarizada, pero sometida al dogmatismo materialista o enferma de violencia, drogadicción o necio pasotismo?

Jesucristo, Redentor del hombre, ganó para éste el don de la filiación divina. El hombre, hecho a imagen de Dios, puede acceder a

la condición de hijo suyo: «a cuantos le recibieron —escribe San Juan de los que acogieron al Verbo hecho carne— les dio poder para ser hijos de Dios» (*Io. I, 12*). Esta filiación nada tiene de angelismo desencarnado ni segrega al hombre del resto de los seres creados; lejos de eso, le dispone especialmente —como la más alta criatura terrena que es— para una mejor comprensión de la Creación entera: «porque somos hijos de Dios —escribió Mons. Escrivá de Balaguer— esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y admiración todas las cosas que han salido de Dios Padre Creador» (J. Escrivá de Balaguer: *Es Cristo que pasa*, 65). Pero, además, Cristo fue —según la expresión del Símbolo Atanasiano— «perfecto hombre», y en cuanto tal el más acabado modelo de humanidad. El humanismo cristiano, cuyo prototipo es Cristo hombre —el humanismo cristocéntrico— constituye así la más perfecta expresión de la dignidad humana.

10. HUMANISMO CRISTOCENTRICO

Ascende superius —sube más arriba (*Lc. XIV, 10*)—; este mandato viene sonando desde hace veinte siglos, como una permanente demanda de superación. La exigencia se proyecta sobre un espectro muy amplio y desborda el estricto ámbito de lo religioso. El Cristianismo es, obviamente, la Religión de Jesucristo; pero no resulta impropio hablar también de Civilización cristiana, porque el anuncio de la Buena Nueva fue siempre acompañado por una elevación del nivel humano de los pueblos evangelizados. Por eso, la Iglesia civilizó a los «bárbaros» de todos los Continentes, al mismo tiempo que los evangelizaba. Les «civilizó», es decir, les enseñó a vivir «civilmente», como cristianos y como personas.

La observancia de los preceptos de la Ley de Dios —tanto natural como positiva— ha sido para el hombre camino de salvación eterna y escuela de recta y ordenada existencia terrena. Durante muchos siglos, las sociedades cristianas hicieron de la Ley divina fundamento de su convivencia; y eso, pese a tantas deficiencias como en ellas se dieron, consecuencia de sus defectos estructurales y también de las flaquezas y pecados de los hombres; porque —tengámoslo bien presente—, si la historia conoció ya la Cristiandad, jamás ha conocido el Reino de Cristo en la tierra. Hoy, cuando muchas sociedades cristianas parecen desvanecerse, la catequesis habrá de esforzarse por formar hombres cabales, decididos a vivir —incluso contra corriente— con fe de cristianos y dignidad de personas.

La posible sociedad cristiana de mañana no parece que vaya a surgir, como en el pasado, impulsada desde arriba por una autoridad cristianizadora, ni tampoco de la mera conservación de lo poco que queda en pie de ciertas antiguas estructuras y tradiciones. Una futura sociedad cristiana —a la que no es lícito renunciar— tan solo podrá constituirse desde los cimientos —o desde la simiente—, mediante la coherencia de vida y el esfuerzo común de cristianos conscientes de las exigencias de su condición de personas, elevadas a la dignidad de hijos de Dios. Esta va a ser —según todos los indicios— la última oportunidad que se ofrezca al hombre contemporáneo, para escapar a los crecientes riesgos de despersonalización que le amenazan y evitar la caída en la degradación y la servidumbre. Esa sociedad, animada por una presencia viva de los cristianos, será probablemente la única sociedad libre que pueda subsistir, en un mañana que se abre como un gran interrogante, cuando está ya a la vista el comienzo del siglo XXI. Esa puede ser la alternativa cristiana al dilema antropológico de nuestro tiempo.